

La voz y la mirada

ALAIN TOURAINE

I. LA INÚTIL IDEA DE SOCIEDAD

La sociedad como padre

Es necesario examinar de una manera novedosa las relaciones, en las ciencias sociales, entre la situación y el actor, esto es, redefinir el objeto mismo de estas ciencias. La tradición intelectual de la que todavía somos en parte herederos, definió por mucho tiempo ese objeto de manera tan sencilla que parecía evidente. ¿El objeto de las ciencias sociales no es acaso la sociedad? Cuando nos alejamos de las sociedades industriales modernas, otras palabras pueden sustituirla, pero desempeñan la misma función. El siglo pasado habló de civilización para nombrar conjuntos históricos concretos definidos menos por una actividad que por un espíritu del cual la religión era, en general, considerada como la expresión central. Y cuando estudiamos las sociedades sin estructura, las percibimos primero como culturas, como sistemas casi estables de intercambios internos y externos. El término de sociedad se aplica de manera más general a conjuntos históricos definidos más por la acción que ejercen sobre sí mismos que por sus valores y por su mantenimiento. Se propagó con la difusión del Estado moderno, de sus leyes y de sus reglamentaciones, y con el desarrollo de la conciencia nacional.

Pero mientras que una cultura y una civilización son sistemas de reproducción social o de control social y por consiguiente no separan el actor del sistema social en que se encuentra, una sociedad se define por un orden creado por una intervención en la vida colectiva, lo que conduce a separar al sistema social concebido como el Espíritu de las Leyes, para emplear el título de Montesquieu, de los actores, que son concebidos como la materia prima que la ley organiza, como un desorden al que hay que imponer el orden. Para emplear las palabras de la lengua clásica, la sociedad es razón mientras que los actores son movidos por las pasiones.

De ahí el papel esencial de la educación, que la filosofía social identifica con la socialización, es decir, con el respeto a las reglas de conducta que permiten la vida en sociedad.

La noción clásica de sociedad produce una separación extrema entre el sistema y el actor que puede también ser identificada con la separación entre la vida pública y la privada, es decir, entre el hombre y la mujer. La política se identifica con el hombre y la psicología con la mujer. La primera es el reino del cálculo y de la razón, e incluso de la razón de Estado; la segunda es gobernada por el sentimiento y la emoción. Vimos renacer esta imagen clásica de la sociedad en el marxismo contemporáneo, cuando éste, dando menos importancia a relaciones sociales de producción transformadas y mediatizadas por la legislación del trabajo, los convenios colectivos y sobre todo el desarrollo de los *white collars* [trabajadores de cuello blanco], volvió a una definición de la sociedad como orden o, para emplear la palabra de Althusser, como aparato ideológico de Estado. Insiste entonces, por ejemplo bajo la pluma de N. Poulantzas, en la necesidad de separar el campo de la estructura social, es decir del modo de producción considerado como un sistema global, del de la acción, considerado como cambiante y secundario.

Los historiadores, influidos por el marxismo, han opuesto asimismo la historia profunda, relativa a las bases culturales y materiales de una sociedad, a la historia de los acontecimientos, la de los actores. Poco importa que se pongan en la base de la sociedad recursos materiales o valores culturales; lo esencial es que en todos los casos el actor sea situado en el terreno de la coyuntura, o sea, en un lugar inferior al que se le reconoce al sistema y a la estructura, que es su base. Esta desvalorización del actor ha conducido a identificar las ciencias sociales con el estudio de las instituciones y a definir a éstas como la organización normativa de un campo de la vida social a fin de que desempeñe una función en la supervivencia y la adaptación de la sociedad en su conjunto. Ésta se vuelve así un personaje, y las teorías sobre la sociedad nos dan de ésta la imagen del *pater familias* o si no la del príncipe, sea éste un rey o bien la república. La Constitución norteamericana o la francesa de 1791, precedida por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, son expresiones muy elevadas de esta representación de la vida social.

El orden es casi siempre considerado como creador y pacificador mientras que el actor es identificado con la violencia y el desorden, pero a veces, como en J. J. Rousseau, el orden es por el contrario reconocido como arbitrario en nombre de un estado de naturaleza que es el de la comunidad y la igualdad. En ambos casos, la oposición entre la naturaleza y la sociedad encubre la que existe entre el actor y el sistema y otorga un papel central al Estado y a la Ley que aseguran, para bien o para mal, la transición del estado de naturaleza al estado de sociedad.

El ambiguo descubrimiento de las relaciones sociales

La sociología se creó combatiendo esta idea de sociedad, dejando de oponer el orden al desorden y el Espíritu a la naturaleza, y reconociendo que la sociedad no es un principio de unidad sino un campo de relaciones entre actores sociales. La idea de sociedad civil se separa de la de Estado a partir de Hegel y triunfa con la victoria de la burguesía industrial. Esto se debe a que la intervención de la sociedad sobre sí misma se eleva por encima del campo del comercio, de la circulación de los bienes, para penetrar en la esfera de la organización del trabajo, como lo reconocieron todos los analistas de la sociedad industrial en formación, de Adam Smith a Ure, de Saint-Simon a Marx.

La industria es ante todo la modificación autoritaria de las formas de organización del trabajo; no se define por el recurso a las máquinas (los ejemplos más famosos de racionalización citados por Taylor no incluyen máquina alguna) sino por la descomposición, la medición y la redefinición de las operaciones de producción con objeto de mejorar la productividad de los talleres. El progreso de la industria está pues asociado, en sus inicios, a la transformación de las relaciones sociales de producción. Los problemas del trabajo y de la producción sustituyen en el centro de la vida social a los del espacio y de legislación. La industrialización en Inglaterra y luego en Europa occidental fue tan trastornante, tan única, que el pensamiento social se concentró durante mucho tiempo en los problemas de su origen y funcionamiento. Pero las relaciones sociales, al mismo tiempo que parecían convertirse en el objeto principal del análisis de las sociedades, estaban siendo encubiertas por una nueva forma de llamado a un principio metasocial de explicación de la vida social. El orden no se oponía ya al desorden o la razón a la naturaleza, sino que la modernidad, la complejidad y el intercambio parecían imponerse en nombre de una necesidad histórica, de las leyes objetivas de la evolución, a la tradición, a la experiencia sensible y al uso. La noción de sociedad estalla entonces entre las relaciones sociales, relaciones de interdependencia, de complementariedad o de dominación, y una evolución histórica que escapa a la intervención de los actores y que permite por el contrario explicarla situándola en el árbol de la evolución que conduce de lo simple a lo complejo, como lo repiten después Darwin, Spencer, Durkheim y Talcott Parsons, cuya desaparición lamentamos ahora.

En el momento en que la noción de sociedad ya no le confiere unidad al análisis de las situaciones sociales, la de evolución le brinda otra nueva, y mantiene la separación entre el sistema y los actores. Dualismo que rige todas las sociologías que se formaron como reflexiones sobre la sociedad industrial. De Auguste Comte a Durkheim y a los funcionalistas, esta evolución se define en términos naturales, materiales, como lo

indican la importancia dada por Durkheim a la densidad de los intercambios sociales y más recientemente las definiciones de la modernización dadas por Deutsch, Germani o Lipset. Las relaciones sociales por el contrario son definidas en términos de valores, de integración o de desintegración moral. La tradición weberiana por el contrario mantiene una definición cultural de las orientaciones de la acción mientras que ve a nivel de las relaciones sociales el progreso de la racionalidad instrumental. Finalmente, Marx insiste en la oposición entre las relaciones sociales dominadas por la ganancia y la explotación y la evolución natural de las fuerzas productivas, lo cual no deja lugar ni a un nivel ni al otro a los valores.

Así, ninguna de las tres grandes escuelas clásicas define a la vez las relaciones sociales y las orientaciones culturales en términos de acción. Las tres establecen una frontera insuperable entre el mundo social y la evolución histórica que le da sentido. El kantismo weberiano mantiene la oposición entre el nómeneo y el fenómeno; a la inversa, Marx opone el sentido a la vez necesario y deseable de la evolución a la irracionalidad de las relaciones sociales dominadas por la contradicción.

Finalmente Durkheim, que exalta la modernidad y la secularización, se inquieta, como antes Tocqueville, por la destrucción de los vínculos sociales y por la necesidad de volver a crear, en particular por medio de la educación, la integración moral de la sociedad.

Así, el pensamiento evolucionista al mismo tiempo que destruye la idea de sociedad la reconstruye bajo una forma distinta. Distanciado de la filosofía social de la era clásica, produce un conjunto de análisis que merecen ya el nombre de sociología pero de los cuales hoy en día es necesario alejarse con la misma determinación con la que los primeros sociólogos se apartaron de la filosofía política de los siglos XVII y XVIII.

La autoproducción de la sociedad

Al igual que la revolución industrial estuvo asociada con un nuevo tipo de representación de los hechos sociales, así en nuestro siglo el pensamiento social está dominado por la inversión de las relaciones entre la política y la historia, o sea, entre el actor y el sistema. Las sociedades contemporáneas no pueden ya situarse en la historia ya que ellas producen su historia. La idea de desarrollo sustituye la de evolución, y fue con razón de sobra que la International Sociological Association escogió como título de su congreso reciente: *The paths of development*, [patrones de desarrollo] plural que descarta todo recurso a ese evolucionismo que dominó el pensamiento social de Augusto Comte o Talcott Parsons. Hoy en día es imposible creer que los tipos de sociedades se suceden linealmente, que el socialismo sigue al capitalismo y que la división del

trabajo, la secularización y el instrumentalismo de la razón extienden continuamente sus conquistas. Crecimiento y crisis, guerras y revoluciones, fascismo, comunismo, nacionalismo e incluso *welfare states* [Estado benefactor] muestran la capacidad de nuestras sociedades de trastornar su propia existencia, de transformar su economía y su organización en nombre de ideas y en función de formas de conquista y de ejercicio del poder. La organización social no puede ya ser concebida como un tren del cual la economía, o inversamente, las ideas, serían la locomotora.

Esta experiencia novedosa y que se extiende al conjunto del planeta y ya no únicamente a los países "modernos" puede conducir en dos direcciones muy diferentes. Obliga a separar e incluso a oponer una sociología de la acción a una sociología del desarrollo. La primera sustituye completamente la idea de sociedad por la de sistema de relaciones sociales; la segunda por el contrario la identifica casi siempre con la acción de estados a la vez doctrinarios y modernizadores.

Consideremos primero el caso de las sociedades que superan la economía industrial para alcanzar un nivel más alto de intervención sobre sí mismas. En la mayor parte de los campos de la vida social y ya no únicamente en la producción de bienes, aparecen dominadas por aparatos de decisión y de gestión que imponen un cierto modo de consumo y por lo tanto de conducta social a la población. Lo cual provoca como respuesta la creación de contramodelos de consumo que rechazan el dominio del sistema de *supply* [aprovisionamiento] y reivindican necesidades que pueden ser definidas como naturales pero también y más profundamente como la expresión de una voluntad de autonomía personal y colectiva, de *self-management* [autodirección]. Así el conjunto de lo que todavía aparecía como instituciones se transforma en campo de relaciones sociales, de poder y de movimientos sociales de oposición. Tal es el sentido de las campañas de opinión, de las innovaciones culturales y de las crisis sociales que se multiplican desde hace quince años en los Estados Unidos más todavía que en Europa occidental y en Japón y que consumaron la destrucción de la noción de sociedad. Frente a los que sólo ven en la Universidad un instrumento al servicio de la racionalidad pero también frente a los que sólo ven en ella un medio para reproducir las desigualdades sociales, poco a poco se difunde la idea de que el conocimiento es una fuente de poder y de que puede ser producido, transmitido y utilizado de distintas maneras según las fuerzas sociales y políticas que predominan en un país. Se abrió asimismo un debate sobre la salud pública que mostró que la organización hospitalaria y la industria farmacéutica le dan una determinada forma social que no es en sí ni racional ni peligrosa pero que corresponde a una determinada situación política y que se está convirtiendo en objeto de impugnación y también ya de intervención legislativa sobre todo en los casos en que los gastos de seguridad social alcanzan un nivel muy elevado. Estos ejemplos pueden multiplicarse, pero el cambio más importante es el que tiende a su-

primir la separación entre la vida pública y la vida privada y que fue acelerado por los métodos modernos de control natal y por el reciente aumento de la tasa de actividad profesional de las mujeres, sobre todo en el nivel alto. La separación entre el sistema y el actor, entre el orden y la naturaleza, estuvo representada en la época clásica, lo dije ya, por la separación entre el hombre y la mujer. En la época industrial, la oposición entre, por un lado, el poder conquistador del dinero, de las máquinas y las armas, y, por el otro, el *non differed gratification pattern* [pauta de gratificación no diferida], fue de nuevo la oposición entre el hombre y la mujer y esta última no ha penetrado casi nunca en los centros de decisión de la economía industrial. El movimiento de las mujeres, al rechazar esta separación y la subordinación en que las encierra, contribuye de manera decisiva a eliminar toda explicación de la acción social por el recurso a un principio metasocial, trascendente, y a reducir lo que llamamos sociedad a una red de relaciones sociales entre actores a la vez unidos y opuestos por sus conflictos para la puesta en forma social de la capacidad que tienen las colectividades de actuar sobre casi todos los aspectos de sí mismas.

De aquí en adelante la sociedad no será más un principio de unidad; es el resultado de sus conflictos sociales y de las grandes orientaciones culturales que son su entorno.* No es más una esencia sino un acontecimiento. Así como una organización no es sino el estado inestable y provisional de las relaciones entre los grupos sociales que poseen o no poseen la autoridad en el interior de determinados límites, una sociedad asimismo no es sino una mezcla cambiante de conflictos latentes o abiertos, de negociaciones, de dominación impuesta, de violencia y de desorden. No se puede comprender al acto a través de la sociedad a la cual pertenece; hay que partir de los actores y de los conflictos que los oponen y a través de los cuales la sociedad se produce a sí misma, para comprender cómo se construyen las categorías de la práctica.

En términos más tradicionales, se puede decir que los valores culturales son el entorno de un conflicto social cuyo resultado es la institucionalización parcial de normas que a su vez se traducen en forma de organización social. La sociología puede pues eliminar al fin completamente la idea de sociedad. Un biólogo, François Jacob, escribió que la biología moderna se constituyó cuando dejaron de interrogarse sobre la vida para estudiar los seres vivos. De la misma manera la sociología nace verdaderamente cuando erradica la idea de sociedad y se dedica enteramente al estudio de las relaciones sociales.

Ello vuelve caduca toda oposición entre funcionalistas e interaccionistas, toda separación entre el sistema y el actor. Ya que los actores no son movidos por la búsqueda de su placer o de sus intereses y no deben ser analizados "psicológicamente"; así tampoco debe ser definido el sis-

* *Enjeu* en el original.

tema históricamente o en términos de principios y de esencia. Los actores sólo están definidos por su lugar en las relaciones de poder cuyo objeto es el control de los patrones culturales a través de los cuales una colectividad modela sus relaciones con su entorno. Propongo entonces que se erradique completamente la noción de sociedad del análisis sociológico y que esa palabra sólo sea empleada para designar conjuntos particulares, históricos, *The American society* [la sociedad americana] o hasta *the industrial society* [la sociedad industrial].

La autodestrucción de la sociedad

El sociólogo se entusiasma frente a las transformaciones que hacen aparecer la originalidad y la necesidad de su enfoque. Intenta descubrir en todos lados procesos conflictuales de producción de la sociedad. A veces se identifica con las nuevas fuerzas impugnadoras; más frecuentemente con las nuevas formas de democracia que intentan penetrar en campos anteriormente dominados por la tradición o los principios. Está consciente de que sus investigaciones contribuyen a extender el terreno de la democracia al sustituir la ilusión del orden por la realidad del debate, del conflicto y de la negociación, en una palabra, al mostrar que la sociedad es un campo político. Pero en el momento mismo en que llega así a la cumbre del Capitolio ve ante él la roca Tarpeya. Ya que esta sociedad enteramente activa, a la vez innovadora y conflictual, parece invertirse en seguida en su contrario: un orden apremiante y represivo, que en grandes extensiones del mundo no es ya el de una dictadura guerrera sino el de un Estado totalitario que habla en nombre de movimientos nacionales y sociales como en nombre del desarrollo económico.

Nosotros, sociólogos, que hemos combatido constantemente a favor de los actores de la sociedad civil contra el Estado y contra todas las fuerzas de control social y moral nos encontramos repentinamente rodeados de Estados absolutos. Y lo que había sido percibido como la más formidable producción de la sociedad por las fuerzas sociales y políticas populares, la revolución comunista, de Petrogrado a Pekín y de La Habana a Phnom Penh, se vuelve a nuestros ojos el imperio del Gulag, la Banda de los Cuatro, el culto de la personalidad o el genocidio. Ante nuestros ojos los movimientos populares engendran cada vez más rápidamente "integristas" musulmanes o no, y Estados absolutos. Incluso en nuestros países la capacidad de innovación y de conflictos parece sofocada por la concentración del poder, por la creación de una sociedad del espectáculo que desalienta toda intervención activa y entre ambos por el reforzamiento de las defensas corporativas al servicio de las nuevas clases medias que proliferan a la sombra de la tecnoburocracia.

El creciente dominio de la sociedad sobre sí misma y el conjunto de los

movimientos de liberación culturales, sociales y nacionales que son su expresión más impugnadora, ¿no conducen acaso a una repartición del mundo entre el conformismo y el terror, a la destrucción de todas las relaciones sociales y a su sometimiento al orden del Estado? Ya ante el ascenso del totalitarismo nazi, Reich o los filósofos de la Escuela de Frankfurt, de Horkheimer a Marcuse, tuvieron que enfrentarse ya no a fuerzas sociales cuya importancia era dramáticamente manifiesta sino a la fuerza absoluta del deseo o del espíritu, y Habermas nos interroga hoy en día con angustia sobre la posible desaparición de la sociedad civil, del *öffentlichkeit*, [público] nacido en la Inglaterra y la Francia de los siglos XVII y XVIII. Frente al régimen comunista, los disidentes, aun cuando se dicen marxistas, no razonan ya en términos de relaciones sociales y de lucha de clases sino en términos de derechos humanos opuestos al Estado absoluto, o bien recurren a la experiencia cultural vivida lo más intensa y personalmente contra el mundo abstracto y arbitrario que describen Solyenitsin, Bukovski o Zinoviev.

Cuando el sociólogo ve en todos lados actores, ¿no podemos acaso pensar que está deslumbrado por una mancha de luz brillante pero cada vez más pequeña y que no ve espesarse alrededor de ella la sombra de los sistemas? El fin de las sociedades tal vez no libera a los actores sociales; ¿no sería acaso más justo decir que nos hace volver a la dominación de los imperios y al reforzamiento de los mecanismos de control social, de propaganda y de represión? Es ésta en efecto la pregunta que nos legó Tocqueville. Y nosotros, sociólogos, ¿no estamos acaso desapareciendo junto con el objeto de nuestros estudios de un creciente número de regiones del mundo después de haber creído, a la luz de las descolonizaciones y de las revoluciones, que todas las partes del mundo iban a volverse los actores de su propia transformación?

No concluyo de manera tan pesimista pero saco de estas legítimas inquietudes la idea de que el sociólogo está comprometido necesariamente con la lucha por el reconocimiento y la expresión de las relaciones sociales contra la dominación del orden, sobre todo cuando éste es totalitario. Lo cual introduce a la segunda parte de esta reflexión, que debe responder no ya a la pregunta: ¿qué pensar? sino a ésta: ¿qué hacer? Porque el objeto de nuestro estudio nunca nos es dado. Está constantemente escondido y reprimido por el orden y por su contrapartida, la violencia. En vez de advertir en todos lados relaciones sociales, vemos sobre todo sistemas de prohibiciones y rebeliones o campos de concentración. Somos como zoólogos que estudian especies en vías de extinción o que se niegan a fiarse de las observaciones hechas sobre dos animales encerrados en jaulas. Debemos luchar por la liberación de los actores y de las relaciones sociales pero sabiendo que esta actitud, por estimable que sea moral o políticamente, sólo nos es indispensable por-

que nos ayuda a crear los métodos de investigación que convienen a nuestra nueva representación de los hechos sociales, particularmente al transformar las antiguas relaciones entre el observador y el observado.

II. CÓMO ESTUDIAR LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Después de haber definido el objeto de nuestras investigaciones por comparación con otras representaciones de los hechos sociales, hay que definir un método situándolo en relación con otros modos de estudio de las conductas sociales e insistiendo sobre todo en las diferencias que existen entre uno y otro método en lo que concierne a la relación entre el investigador y el actor estudiado.

De los estudios de consumo a los estudios de producción de la sociedad

Nuestra experiencia más común es la de estudiar opciones predeterminadas por la organización social. Reducimos el actor a roles que manifiestan su status en la sociedad. Mostramos que los ricos son más conservadores y los pobres más reformadores o que los más educados son culturalmente más innovadores que los otros. El punto extremo de avanzada de este tipo de análisis consiste en mostrar que en las situaciones de crisis, los actores tienden a reconstituir lo que ha sido destruido o desorganizado. Estos estudios que podemos llamar de consumo de la sociedad, tratan ya sea de conductas comerciales, políticas o educativas, colocan al observador en posición de neutralidad. Sólo interviene constituyendo agregados y categorías y poniendo en relación una situación y una conducta, y redefine más o menos directamente una y otra como formas y niveles de participación social.

Pero no podemos conformarnos con estos estudios de consumo social. Incluso cuando explican las respuestas dadas, no nos hacen comprender por qué las preguntas tomaron una determinada forma. Nos dicen por qué tal categoría social vota más seguido demócrata que republicano; no explican por qué los electores deben escoger entre republicanos y demócratas y no entre monárquicos y trotskistas. De ahí la importancia de un segundo tipo de investigación que se refiere a la producción de las categorías de la práctica, ya sea directa o indirectamente, es decir, a los mecanismos de decisión. Ha avanzado mucho últimamente el estudio de las políticas urbanas y el de las decisiones de las empresas. La situa-

ción en este caso ya no preexiste a la intervención de los actores sino que es por el contrario el resultado de esta intervención y de las relaciones de influencia que se establecen entre los actores concernidos. El investigador está obligado a intervenir tan directamente como en los estudios de consumo, puesto que no todos los elementos de una decisión dejan huella bajo la forma de documentos o de efectos visibles. Retroalimenta información con los informadores, hace reaccionar a los actores informándoles de los actos o de las actitudes de otros actores; en ocasiones organiza simulaciones. La situación preexiste tan poco a los actores que a veces se tiene la sorpresa de ver desvanecerse la decisión que se creía poder localizar, lo que subraya aún más la iniciativa del investigador.

Pero más allá de los estudios de consumo y de los estudios de toma de decisión, ha llegado el momento de penetrar en el terreno mismo de la producción de la sociedad por sí misma, de las acciones definidas por su participación en relaciones sociales cuyo objetivo es producir los fines y las normas sociales y por vía de consecuencia las categorías de la práctica social. Coloquémonos, para ser sencillos, en el sitio teóricamente central de la producción de la sociedad por sí misma, ahí donde las fuerzas sociales opuestas luchan por el control de la inversión, de un modo de conocimiento y de los patrones del comportamiento ético. En las sociedades industriales capitalistas, los empresarios privados y los obreros de la industria actúan los unos frente a los otros para dar una determinada orientación social a los valores de la sociedad industrial, creencia en el progreso, en el trabajo, en el *differed gratification pattern*, [patrón de gratificación diferida] en la explicación histórica, en la organización, que unos y otros aceptan pero a los cuales intentan dar formas sociales opuestas que podemos llamar de manera esquemática capitalista y socialista. El movimiento empresarial y el movimiento obrero son los actores principales de una sociedad industrial y es el resultado de sus conflictos y de sus negociaciones lo que define las formas de la producción, de la distribución y del consumo. Cada uno de esos actores está consciente de que no consume la sociedad sino de que la produce al luchar por el poder.

¿Pero cómo estudiar a esos actores? Aquel que los considerara como consumidores, es decir que se conformara con estudiar sus actos, se equivocaría completamente puesto que el acto observable no es sino el resultado parcial y provisional en relación con el adversario. Asimismo, la comprensión de una guerra no puede reducirse al conocimiento de los movimientos tácticos de los ejércitos en presencia. Hay que pasarse pues al lado del actor y de sus valores. Pero entonces aparece un segundo peligro, tan grave como el primero. El análisis sociológico corre el peligro de confundirse con la ideología del actor cuando por el contrario debe permanecer separado de ésta, ya que la ideología es la definición de una relación social por el actor que está comprometido en ella, mientras que

el análisis sociológico es la explicación del actor por la relación social de la cual es uno de los polos.

La sociología no ha reflexionado muy a menudo sobre esta dificultad central. La mayor parte de los libros que tratan de conductas colectivas o de movimientos sociales se conforman ya sea con traducir las intenciones y la ideología de los actores como con reducir la acción a una conducta de consumo y de adaptación. La literatura sobre el movimiento obrero, por ejemplo, oscila constantemente entre la explicación de las huelgas por la coyuntura económica o por la evolución del salario real y la exposición de las ideas reformistas o revolucionarias de las organizaciones sindicales y políticas. Se puede decir que el estudio de las conductas colectivas cuyo entorno es lo más importante, es el capítulo más pobre de la sociología y sobre todo aquel en que el estudio del sistema social y el de los actores están más separados, cuando justamente en este caso deberían estar lo más unificados posible. Y sin embargo, ¿de qué sirve pensar que la sociedad se produce a sí misma a través de sus orientaciones culturales y sus conflictos sociales si no se es capaz de estudiar a los actores colectivos comprometidos en esas acciones innovadoras y conflictivas?

El actor como analista de sí mismo

Esta interrogación requiere dos respuestas complementarias puesto que tropieza con dos obstáculos.

En primer lugar hay que reconocer al actor como actor, lo que inmediatamente coloca al sociólogo en una nueva situación. Efectivamente, no basta decir que si se quiere estudiar el movimiento de los obreros, de los negros o de las mujeres, hay que eliminar todo recurso a las encuestas y a los cuestionarios, sobre todo si son individuales, porque los movimientos sociales no son respuestas a preguntas sino interpretaciones de la sociedad. Debería ser obvio que la investigación sobre acciones colectivas debe ser llevada a cabo por medio del estudio de grupos de actores, aun si el movimiento estudiado tiene una ideología individualista, como es lo más frecuente en la acción de los dirigentes económicos. Pero, sobre todo, el actor debe participar en la investigación en tanto que actor y no en tanto que sujeto de una observación o de una experiencia. Si la investigación no tiene a su parecer una función positiva para su acción, o bien la rechaza, o participa en ella sin ser actor, envolviéndose entonces de racionalizaciones ideológicas. Todo esto excluye la separación clásica entre la acción y la investigación. El actor puede recurrir a los servicios de un experto independiente para informarse sobre su adversario o sobre las condiciones en que va a actuar, pero no acepta someterse en tanto que actor a una mirada independiente puesto que por

definición todo su campo de acción está marcado por su lucha contra un adversario por el poder. El investigador no puede ser un árbitro, y menos aún un juez.

Pero antes de examinar los problemas así planteados a los investigadores, precisemos mejor el papel del actor mismo en la investigación. Pueden formularse dos principios de método. En primer lugar, el actor debe ser estudiado tanto como sea posible en sus relaciones sociales pertinentes (*meaningful*). ¿No habría que recordarles a los sociólogos que, siendo las relaciones sociales su principal objeto de estudio, deberían preocuparse más por dirigir su observación y su experimentación hacia las relaciones sociales y no hacia situaciones o conductas? En principio no se debería hacer estudios sobre el movimiento obrero por ejemplo, sino solamente sobre las relaciones sociales de producción, a condición de acordarse que esas relaciones no son "objetivas" sino relaciones entre actores a la vez socialmente antagonistas y orientados hacia los mismos valores culturales. Si con todo, se comienza por un estudio sobre sindicalistas, éstos deben ser observados inmediatamente en interacción con ejecutivos, *civil servants* [funcionarios públicos] o abogados laborales, y con todos los demás actores sociales cuya pertenencia a su campo de acción reconocen ellos mismos.

En segundo lugar, hay que respetar el principio elemental del análisis sociológico que señala que no hay rol sin conciencia de ese rol y que por consiguiente no hay clase sin conciencia de clase. Aunque un actor tenga múltiples papeles y su conciencia de rol pueda no conducir directamente a una acción en conformidad con la naturaleza de la relación social en que ese rol lo coloca. Más se acerca uno a las conductas colectivas de producción de la sociedad, más importante es respetar el análisis que el actor hace de su acción, hasta tal punto que el objeto del análisis no puede ser la conducta del actor sino el análisis que el actor hace de sus propias conductas y de las de sus partidarios sociales. El papel más visible y más constante del investigador en el método de investigación que llamo la intervención sociológica es el inducir constantemente al actor a llevar a cabo ese autoanálisis sin dejar de ser un actor. Es incluso la capacidad del actor de llevar a cabo ese trabajo de análisis lo que mejor nos informa sobre la naturaleza sociológica de esas conductas, puesto que esa capacidad aumenta a medida que se pasa de las conductas de consumo a las conductas de producción de la sociedad. En resumen, la intervención consiste en estudiar actores colectivos en tanto que actores en sus relaciones con sus partidarios sociales y a través del análisis que ellos mismos hacen de esas relaciones. Para mostrar lo que separa estos estudios intensivos de las encuestas extensivas y para dar una sola imagen de mis prácticas de investigación, puedo recordar que pasamos, durante la fase principal de la intervención, unas cien horas con cada grupo de unas diez personas. Quiero sobre todo subrayar la profunda oposición que separa estos estudios de los conflictos, movimientos e ini-

ciativas sociales de un procedimiento marxista que reduce el movimiento obrero, por ejemplo, a ser un signo de las contradicciones del capitalismo, signo que los únicos que saben interpretar y utilizar son los intelectuales depositarios de una teoría científica de la historia. El método que presento en esta ocasión está al servicio de lo que quisiera yo llamar una sociología no marxista radical.

La intervención del investigador

Este autoanálisis del actor no puede desprenderse totalmente de la ideología. Si lo lograra, ello significaría que el actor ya no es más un actor y que se transformó en sociólogo, lo cual sucede en efecto cuando un movimiento es presa de la duda o de la impotencia. El actor necesita pues un mediador que le permita disponer de los resultados del análisis siendo aún un actor. ¿Cómo puede desempeñar ese papel el investigador? ¿Cómo puede evitar tanto ser un ideólogo como destruir al actor colocándolo fuera de la acción? Creo que puede lograrlo representando para el actor la significación más elevada posible de su acción. Y esto constituye el principio central del método que someto a la atención de ustedes. Dirigiéndose a militantes antinucleares que resisten a la construcción de centrales, que temen un accidente o la contaminación o que impugnan los argumentos económicos y técnicos de los partidarios de la industria nuclear, hace la hipótesis, después de largos estudios preparatorios, de que esta acción defensiva es también portadora de una nueva forma de lucha de clases, la de la población contra la tecnocracia, y de que al mismo tiempo es culturalmente innovadora puesto que introduce valores y un patrón de consumo que conviene a la sociedad post-industrial en formación. De ningún modo afirma que esas muy elevadas significaciones son de hecho las más importantes históricamente, que la acción antinuclear va a ser capaz de convertirse en un movimiento social a la vez culturalmente innovador y capaz de atacar los nuevos centros de poder; lo que hace es presentar a los actores este *highest possible meaning* [el más amplio sentido posible] de su acción colectiva para que reaccionen ante esa imagen de sí mismos, no solamente en tanto que actores sino sobre todo en tanto que analistas de su acción, y confronten esta interpretación del sentido virtual de su acción con su propia categoría de análisis y de acción. Algunos aceptan la imagen que se les presenta y se proponen interrogar su propia acción desde el punto de vista de su más elevada significación posible, que fue formulada por el investigador. Otros, por el contrario, rechazan esta imagen y precisan, en contraposición, el sentido diferente que le dan a su acción. Toda acción colectiva es portadora, de manera más o menos directa y más o menos concentrada, de la lucha por el poder, teniendo al mismo tiempo

otras significaciones menos centrales. La naturaleza de una acción colectiva puede ser determinada por la manera con la cual reaccionan los actores ante la imagen que aporta el sociólogo de esta lucha central. Enfrentados a una significación muy elevada y muy general de su acción, los actores son alejados de su ideología que interpreta una situación histórica concreta. Toman la mayor distancia posible con respecto a su actividad práctica y este desequilibrio los conduce a buscar una significación más o menos elevada de su acción. El investigador, al situarse lo más lejos posible del sentido práctico de la acción, abre el espacio de análisis en el cual los actores van a moverse y repartirse. Por comparación con las refinerías de petróleo, podríamos hablar aquí de un *cracking* [resquebrajamiento] de las conductas colectivas.

El sociólogo de ninguna manera se identifica con la lucha concreta del actor o con su ideología; tampoco es un observador neutro incapaz de entrar en interacción con el actor sin destruirlo. Es un agente del análisis del actor y su intervención le permite hacer avanzar su propio análisis. Este papel del investigador está muy alejado del distanciamiento y de la objetividad de la tradición sociológica; está aún más alejado de la identificación con el actor que proponen las distintas formas de investigaciones comprometidas o de investigación-acción. El investigador tiene un objetivo de conocimiento como el actor tiene un objetivo de acción. Pero si el primero puede entrar en comunicación con el segundo, es porque no es neutro con respecto a él. Desea que el actor sea capaz de acción al nivel más alto posible. Como el psicoterapeuta que quiere ayudar al enfermo a controlar sus conductas, a liberarse de la angustia, el sociólogo en este caso quiere ayudar al actor a escapar de los apremios de una situación sufrida por él y a elevarse hacia la producción conflictual de la sociedad, porque la lucha de los actores es lo único que puede revelar el objeto del análisis sociológico. La acción y el análisis están aliados contra el orden y la ideología.

El análisis y la acción

Esta alianza conduce al sociólogo a alejarse de la posición descriptiva o especulativa que en general es la suya para buscar la comprobación de sus hipótesis en el estudio de los efectos de su análisis sobre el comportamiento de los actores. Este procedimiento es análogo al que es común en los economistas, pero en este caso no se trata de esperar de acontecimientos ulteriores la confirmación de hipótesis, lo cual sería pedir a la vez mucho y demasiado poco. El actor, utilizando los análisis del sociólogo, debe recibir de su entorno confirmaciones o invalidaciones de sus análisis, y transmitir las al sociólogo para pedirle eventualmente la

modificación de sus hipótesis. Más simplemente, el sociólogo observa cómo actúan en situaciones nuevas actores que se colocaron a distintos niveles de definición de la acción colectiva y si efectivamente se comportan de la manera previsible. Se inicia así un ir y venir entre el análisis y la acción que podría no tener fin. Es por ello que llamé a esta segunda parte de la investigación, que sigue a la intervención propiamente dicha, la sociología permanente. En el caso del estudio que estamos ahora concluyendo y que trata del movimiento antinuclear en Francia, esta fase de sociología permanente ha durado ya casi un año y prevemos continuarla todavía muchos años después de la terminación de nuestro libro.

El método que caba de ser rápidamente esbozado y cuyos principios definí más ampliamente en mi reciente libro *La voz y la mirada (Voice and eye)* que aparecerá en algunos meses en inglés y en otros idiomas, no es de ningún modo una forma particular de entrevistas de grupo o de *group dynamics* [dinámica de grupos]. En cambio, es inseparable de una transformación de la relación entre el analista y el actor observado. Los psicólogos están acostumbrados a su doble papel de analistas y de interventores. Los sociólogos se mantuvieron alejados de su ejemplo porque seguían convencidos de que su objeto de estudio era la sociedad y de que existía una clara división del trabajo entre ellos y los psicólogos sociales interesados en los comportamientos del actor en situación social y en particular en grupo. El procedimiento que intento aplicar se desvía a la vez de un estudio de grupo y sobre todo de *group centered groups* [grupos centrados en el propio grupo] y de los análisis de situación o de tendencias sociales. Éste se sitúa lo más lejos posible de las conductas de adaptación, de integración y de socialización y lo más cerca posible de los entornos culturales y de los conflictos centrales de una comunidad. Comenzó con un estudio de movimientos de oposición pero se esforzará por extender paulatinamente su campo de aplicación a los movimientos de la élite dirigente, a los movimientos vinculados a la lucha por el control del cambio social y no ya por la conquista del poder en una *polity* dada y, finalmente, a las formas muy diluidas de acción conflictual, aquellas que casi siempre son clasificadas como *riots, disorder, deviance or mental illness* [disturbios, desórdenes, desviaciones o enfermedad mental]. Espero que podrán ser reanalizados de esta forma muchos fenómenos sociales, sin que este procedimiento tenga la pretensión de suprimir otros marcos de referencia conceptuales y metodológicos. Mi primer programa de investigación, comenzado en 1976, tiene por objeto el movimiento estudiantil, el movimiento antinuclear, un movimiento regionalista, el sindicalismo obrero y el movimiento de las mujeres. El estudio sobre el movimiento estudiantil acaba de ser publicado; el que trata del movimiento antinuclear está terminado y nos encontramos a la mitad del trabajo de campo de la investigación sobre un movimiento regionalista. Estos estudios se llevan a cabo por razones políticas en Francia, pero quisiera expresar aquí el deseo de poder en el

futuro formar equipos de trabajo y llevar a cabo investigaciones en otros países, y en particular ahí donde la sociedad es abierta y donde los sociólogos son independientes y creadores.

Espero que estas investigaciones y el espíritu que las anima contribuyan a aumentar la capacidad de acción conflictual de la sociedad sobre sí misma y en particular a desarrollar nuevas formas de democracia directa. Cuando el poder era el del príncipe, la nación quería elegir sus representantes para votar el impuesto y controlar a partir de ahí las decisiones más importantes. Cuando el poder se encarnó en los señores de la industria, el sindicalismo creó una forma más directa de democracia. Ahora que casi todos los campos de nuestra vida están dominados por *apparatchiki** necesitamos que se desarrollen movimientos sociales que ya no sean las correas de transmisión de partidos políticos y que vayan más allá de los *lobbies* [cabildeos] y de los *interest groups* [grupos de interés]. Mientras más activamente participemos en esta extensión de la democracia más reforzaremos nuestro trabajo de conocimiento. No es manteniéndonos alejados de la acción social creadora y *taking for granted* [dando por sentado] las actuales formas de organización social como haremos avanzar el conocimiento y lo liberaremos de las presiones sociales e ideológicas. Al contrario, nos encerraríamos así en el orden establecido, y el carácter abstracto de algunas formulaciones no nos impide ver diez o veinte años después hasta qué punto reflejaban fielmente la ideología dominante de una época. Por el contrario, al captar lo más directamente posible las relaciones, los conflictos y los movimientos sociales, podríamos liberarnos de las ideologías y descubrir aquello que es el objeto central de nuestra investigación: comprender cómo una colectividad, a partir de determinados patrones culturales de intervención sobre sí misma y sobre su entorno y a través de los conflictos por el control social de esta intervención, produce las categorías de la práctica social.

Porque los actores del drama de la sociedad industrial desaparecen poco a poco de la escena histórica mientras que los nuevos actores y los nuevos entornos que definen la sociedad posindustrial a menudo comienzan a tomar forma, vivimos una impresión de vacío tanto más sensible porque este vacío ya no es colmado por las ilusiones de una ideología dominante, ni en el Occidente ni menos aún en el Este. Es por ello que reinan provisionalmente las concepciones semiológicas de la vida social que sólo ven en todos lados los signos de la modernidad, de la dominación de clase, del poder del Estado o de una cultura nacional. Como si nuestras sociedades nacionales o regionales fueran discursos, to-

* [En ruso] Designa a los funcionarios del aparato político soviético. Por extensión, ha adquirido carácter peyorativo y con ella se hace referencia a las deformaciones burocráticas que caracterizan al tipo de funcionario de las organizaciones comunistas. [E.]

talitarios, burocráticos o nacionalistas, que no dieran cabida a ningún debate y a ninguna indeterminación. Tomo mi lugar entre los que escuchan, no el ruido efectivamente ensordecedor de esos discursos, sino las múltiples voces que anuncian nuevos debates y nuevos combates. Me siento muy alejado de los marxistas que reducen la sociedad a un aparato de dominación y de reproducción de esa dominación, pero muy cerca de aquellos, marxistas o formados por las luchas de liberación nacional, social y cultural, que son sensibles a la protesta y a la innovación, a las nuevas formas de las luchas sociales. Escucho también a los que ejercen nuevas formas de poder y que se inventan una ideología que rompe con la de las antiguas clases dirigentes. Quisiera que los sociólogos no se demoren más en revivir los combates del siglo pasado y que no cedan a la ilusión de creer que los actores desaparecieron de nuestras sociedades, donde las ideas serían sustituidas por los intereses y los valores por las estrategias, donde todos los campos de conflicto así como todas las instituciones serían descompuestos por un cambio permanente. Quisiera que la sociología esté atenta al nacimiento de nuevos dramas y de nuevos movimientos sociales en muchas partes del mundo. Ahí donde el totalitarismo parecía haber sofocado toda voz, ahí donde el nacionalismo parece prohibir todo debate social así como ahí donde la complejidad de la organización y la rapidez de los cambios parecen dificultar la formación de luchas generales. En la medida en que sabremos redefinir de esta manera nuestro papel, daremos a la sociología una legitimación que no está ya muy segura de poseer desde que necesariamente se alejó de la noción de sociedad que le daba esa legitimidad y que se volvió más peligrosa que útil. Ya que así lograremos abolir la separación entre el sistema y los actores, entre la política y la psicología y darle su sentido más amplio a la *political psychology* [psicología política] que nos reúne aquí.

Traducción de Andrea Martínez